
LOS COMIENZOS DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA (1966-1972)

EL PRIMER SEXENIO

a) La prehistoria

El fundador de la Universidad de Navarra y primer Gran Canciller, san Josemaría Escrivá, mostró desde la primera hora, es decir, al poco de recibir el carisma del Opus Dei, una notable valoración de la formación teológica. Ya instalado en Roma definitivamente procuró que un grupo numeroso de jóvenes de la Obra cursaran estudios superiores de teología y derecho canónico en los ateneos pontificios romanos; todos ellos eran laicos y la gran mayoría con sus estudios universitarios terminados.

No sorprende, pues, que desde 1952, en que inició su andadura el Estudio General de Navarra, se estableciera en él la docencia de teología. Cuando en agosto de 1960 la Santa Sede erigió el Estudio General en Universidad de Navarra, las cátedras de Teología se potenciaron, dedicadas a impartir docencia a los estudiantes de las diferentes Facultades. Para facilitar

el organigrama, en diciembre de 1964 el gran Canciller erigió el Centro Teológico de la Universidad, previendo ya acontecimientos, pues estaba muy adelantada la redacción del decreto conciliar *Optatam totius*, que se aprobaría el 25 de octubre de 1965, cuyos nn. 15 y 16 están dedicados a la renovación de los estudios eclesiásticos.

Justo en diciembre de 1965, en la víspera de la clausura del Vaticano II, el arzobispo de Pamplona, monseñor Enrique Delgado Gómez (1888-1978), con sus sufragáneos de San Sebastián, Calahorra-Logroño y Jaca, solicitaron al Gran Canciller de la Universidad de Navarra que en el seno de esa universidad se estableciera una Facultad de Teología. El Gran Canciller acogió de buen grado la petición (que, como ya se ha dicho, respondía a una antigua aspiración suya) y elevó esa solicitud a la recién constituida Conferencia Episcopal Española, la cual, en su primera Asamblea Plenaria de febrero de 1966, aprobó la petición de Josemaría Escrivá, trasladándola a la Santa Sede en diciembre de ese año.

b) El Instituto Teológico

El 23 de abril de 1967 el Gran Canciller erigió el Centro de Ciencias Eclesiásticas de la Universidad de Navarra, integrado por varios departamentos o institutos, entre los cuales destacaba el Instituto Teológico. Ese mismo día se reunió con el arzobispo de Pamplona y los tres sufragáneos, para informarles sobre las disposiciones que había tomado acerca de los estudios teológicos en la Universidad de Navarra. Poco

después tuvo lugar una reunión de trabajo de los que habrían de constituir el primer claustro académico de Teología; y comenzaron las tareas de acondicionamiento de un local cedido con muchas facilidades por el Cabildo Catedral de Pamplona, con entrada por la Puerta Preciosa del Claustro de la Catedral. Las clases comenzaron el martes 16 de octubre de ese año de 1967, con treinta alumnos, laicos y sacerdotes, mitad por mitad.

El claustro inicial de profesores estuvo formado por los profesores Alfredo García Suárez (1927-1998), José Morales Marín y Amador García Bañón, los tres dedicados a la Teología Fundamental; José María Casciaro Ramírez (1923-2004), Teodoro Larriba Urraca (1927-1996) y Miguel Gallart Ribera (1928-1995), docentes de Sagrada Escritura; Joaquín Ferrer Arellano, Pedro Rodríguez, Fernando Sánchez Arjona (1933-1985) y Agustín Arbeloa Egüés (1914-1997), encargados de Teología Dogmática; José María Martínez Doral e Ildefonso Adeva Martín, para Teología Moral; Javier Ibáñez Ibáñez y Lucas F. Mateo Seco (1936-2014), encargados de Patrología y antigüedad cristiana; el liturgista Juan María Lecea Yábar; y Aurelio Fernández Fernández, que dictó Teología pastoral. Al año siguiente, es decir, en 1968, se incorporó, sustituyendo a Martínez Doral, el moralista Ramón García de Haro y Goytisolo (1931-1996).

La Junta Directiva del Instituto quedó constituida, en 1967, por Alfredo García Suárez, director; José María Casciaro, subdirector; Pedro Rodríguez, director de estudios; y Amador García Bañón, secretario.

c) La Facultad de Teología y su primer claustro académico

Para seguir con la sinopsis cronológica, el 1 de noviembre de 1969 la Congregación para la Educación Católica (con la expresa aprobación del Pablo VI) erigió la Facultad de Teología a partir del Instituto. Esta noticia fue comunicada personalmente por san Josemaría Escrivá a los profesores de la Facultad el 18 de noviembre, durante una breve estancia suya en Pamplona. La Junta Directiva de la nueva Facultad quedó constituida, en 1969, por: José María Casciaro, decano; Ramón García de Haro, vicedecano; Lucas F. Mateo Seco, director de estudios; Amador García Bañón, secretario.

Alfredo García Suárez pasó a ser el primer director de *Scripta Theologica*, cuyo primer volumen, en dos fascículos, apareció en 1969, y José Morales fue secretario de la revista. La sede de la revista estaba en el campus, en la Biblioteca de Humanidades. Los trámites administrativos los llevaba a cabo el Dr. Morales, hasta que en febrero de 1971 se incorporó Lourdes Ardanaz, como administrativa, que poco duró allí, pues en junio de ese año pasó a la secretaría de la Facultad, haciendo tándem con Adolfo Castaño.

Por las mismas fechas, o sea, en 1971, se integraron en el claustro académico los escrituristas Antonio García-Moreno y Virgilio Vegazo Sánchez (1933-2008), y el patrólogo Domingo Ramos-Lissón (1930-2016); y, un año después, los dogmáticos Jesús Sancho Bielsa y Luis Alonso-Martín.

Mientras tanto, en octubre de 1968 había comenzado su docencia el Instituto de Historia de la Iglesia, con José Orlandis



Rovira (1918-2010) como director, Gonzalo Redondo Gálvez (1936-2006) como subdirector, y Primitivo Tineo Tineo como secretario (a partir de 1970). Desde primera hora este Instituto contó con la colaboración del historiador José Goñi Gaztambiende (1914-2002) y de otros especialistas.

d) Un plantel de jóvenes docentes salidos de las aulas

Del Instituto Teológico se incorporaron como ayudantes, al claustro de la Facultad de Teología, algunos recién licenciados, mientras preparaban sus respectivas tesis doctorales: Teodoro López Rodríguez (1940-2007), que se dedicó a la Teología mo-

ral; Gonzalo Aranda Pérez (1943-2016), que se especializó en estudios bíblicos; Evencio Cófreces Merino (1941-2001), moralista, que pasó pronto al Instituto San Ildefonso, de Toledo, y fue deán del Cabildo de esa Catedral; Augusto Sarmiento, también moralista y estudioso de la Escuela de Salamanca; Antonio Aranda Lomeña, dedicado a la Teología dogmática; y Josep Ignasi Saranyana, que se incorporó a la Junta Directiva de la Facultad en 1970 y se ha dedicado a la Historia de la Teología. Hubo, pues, seis vocaciones a la docencia, salidas de la primera promoción, a las cuales se sumaron el escriturista Santiago Ausín Olmos, el patrólogo Pío Gonçalo Alves y el historiador-teólogo Juan Belda Plans, procedentes de la tercera promoción; el biblista Claudio Basevi, de la cuarta; y el patrólogo Marcelo Merino Rodríguez, de la quinta. De esta forma, la Facultad comenzó a nutrirse de sus propios alumnos.

En el curso 1969/70 se matricularon las primeras alumnas, todas ellas ya en posesión de un título universitario superior: Mercedes Otero Tomé, Isabel María Sánchez Sánchez (1944-1978) y María de la Capilla Caracuel Tubio, que se licenciaron en Teología en 1971 y posteriormente se doctoraron las dos primeras, en 1973.

LA FACULTAD DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA EN SU CONTEXTO TEOLÓGICO

A pesar del entusiasmo de los promotores de la Facultad, «el momento era el menos oportuno para que una Facultad [de

Teología] comenzara su andadura», como reconocía Pedro Rodríguez años después.

«En la Iglesia [...] las calles estaban levantadas y era muy conflictivo caminar. Pienso que, en resumidas cuentas, lo que había era una gran batalla, y no sólo intelectual, por la interpretación del Concilio. Sustancialmente –aunque los matices cambien y los contextos– la misma que se ha venido prolongando en estos 25 años [en 1992]: una lucha entre una interpretación secularizante y horizontalista y otra minimalista y conservadora. Abrirse paso entre ellas era y es muy costoso. Pero entonces, recién terminado el Concilio y cuando se estaban dando los primeros pasos para su aplicación, la cosa tendía a agravarse y a hacerse cada vez más dura. [...]. Nosotros teníamos, gracias a Dios, muy claro que la Teología que hacía falta en la Iglesia, no era una teología manualística, inmovilista y rígida –llamémosla entre comillas *preconciliar*– sino una teología inspirada en el Vaticano II, pero siguiendo una interpretación fiel al Concilio mismo y a las directrices que para la lectura del Concilio iba dando el Papa Pablo VI. En realidad, era esto lo que me explicó Monseñor Escrivá de Balaguer [en enero de 1967]: él esperaba de nosotros una Teología abierta a la nueva sensibilidad, pero indiscutiblemente fiel al Magisterio de la Iglesia».

Conviene evocar, de manera muy general, algunos hitos de la situación teológica de aquel momento.

1º) Las relaciones entre el Magisterio y los teólogos vinieron perturbadas por posiciones críticas con el magisterio pontificio. Sirva de paradigma la crisis acontecida en la revista *Con-*

cilium, asunto bien conocido. El problema de fondo que se arrastraba desde la época del Concilio era si la teología debía ser considerada una instancia autónoma y paralela al magisterio papal. Pablo VI intentó reconducir esa incipiente dificultad, auspiciando un magno «Congreso de Teología del Vaticano II», que tuvo lugar en Roma del 26 de septiembre al 1 de octubre de 1966. Un momento mayor del Congreso fue el discurso de Pablo VI en la clausura. Magisterio y teología, decía el Papa, coinciden por tener una raíz común (ambos parten de la Revelación) y una finalidad también común (pues están al servicio del mismo fin, o sea, conservar, exponer, enseñar y defender el sagrado depósito de la Revelación).

2º) Que esas observaciones de Pablo VI tenían fundamento lo ilustra el hecho de que, a los nueve días de la terminación del congreso apareció en Holanda el *Nuevo Catecismo para adultos*. Es también conocida la compleja situación que provocaron sus afirmaciones que afectaban a núcleos neurálgicos de la fe. A los pocos días, el 30 de junio, Pablo VI pronunciaba una solemne *Profesión de fe*, conocida con el nombre de *Credo del Pueblo de Dios*, que de alguna manera tomaba en consideración y aclaraba los puntos débiles del *Catecismo*, aunque las pretensiones de ese símbolo tenían mayor alcance.

3º) Pocos meses después, en diciembre de 1968, apareció la polémica *Declaración sobre la libertad y la función de la teología en la Iglesia*, firmada por treinta y ocho teólogos de gran relieve, a los que con posterioridad se adhirieron otros teólogos. En el preámbulo, los firmantes temían una involución de la libertad de investigación, que, según decían, había sido recuperada por

el Concilio Vaticano II. Solicitaban, entre otras cosas, que la Congregación para la Doctrina de la Fe respetase la pluralidad teológica.

4º) Otro de los momentos de mayor confrontación entre una nutrida parte de la teología académica y el magisterio pontificio, fue la publicación de la encíclica *Humanæ vitæ*, en 1968. La crisis se desató por doquier.

5º) Aunque no fue la única causa, el difícil equilibrio entre la libertad de asociación con la defensa de la estricta dirección jerárquica del apostolado seglar (en la cúspide de la pirámide el obispo, en la base, los laicos) provocó la crisis de la Acción Católica, especialmente en Italia, España y Francia

6º) En 1963 había aparecido en Inglaterra un estudio que tuvo en su momento un gran impacto, del que no se libró España: *Honest to God* (Sincero con Dios), firmado por el obispo anglicano John A. T. Robinson, antiguo biblista de la Universidad de Cambridge y uno de los representantes de la teología de la «muerte de Dios». Fue traducido al español en 1968, un año mítico, en plena puesta a punto de la Facultad de Teología de Pamplona.

7º) En esos primeros seis años de la Facultad de Teología, la teología de la liberación todavía no había adquirido especial notoriedad, a pesar de que las obras que supusieron su lanzamiento se publicaron en 1971. De todas formas, el tema de fondo de la liberación (cómo influye el quehacer temporal en el advenimiento del Reino) se debatía ya entonces en Europa,

sobre todo después de las discusiones por la «teología política» y otras teología adjetivas.

Las ideas implicadas en los acontecimientos evocados no podían dejar de gravitar en los primeros pasos teológicos de la nueva Facultad. En toda crisis hay elementos positivos entretejidos con desarrollos desbocados. Convenía separar el oro de la ganga, y que los estímulos fecundos no quedaran apagados por las turbulencias del momento.

UN PROYECTO TEOLÓGICO PARA LA NUEVA FACULTAD

En 1969 comenzó a publicarse *Scripta Theologica*, la revista de la nueva Facultad. En su presentación a los medios, Alfredo García Suárez, su primer director, afirmó:

«La teología es un caminar, un estar siempre andando: es un saber peregrinante. La teología es la servidora de todas las ciencias y todos los interrogantes quieren ser captadas por ella. [...]. La Teología no debe investigar al margen de las preocupaciones y cometidos humanos. No es una ciencia abstracta. Aislada de la universidad, corre el riesgo de empobrecerse, de igual modo que una Universidad resulta incompleta si está desposeída de Ciencias Teológicas» (*Diario de Navarra* del 16 de marzo de 1969, p. 9).

Otra referencia importante es la evaluación que uno de los profesores de la primera hora, Pedro Rodríguez, hizo en una crónica sobre el ya citado «Congreso de Teología del Vatica-

no II». Estamos, conviene recordarlo, en el mes de octubre de 1966. Esa evaluación, obviamente personal, certifica, en todo caso, la impresión que las sesiones causaron en el cronista, que participó en esa convención juntamente con Alfredo García Suarez y José Luis Illanes, que se incorporaría *de facto* más tarde a la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (concretamente en 1978), porque *de iure* estuvo más o menos vinculado con la Universidad casi desde los comienzos.

Veamos las conclusiones a las que llegó Pedro Rodríguez después de oír a los ponentes del coloquio vaticano: «la primera [conclusión] –y la fundamental, a mi modo de ver, porque incluye a las demás– es el descubrimiento de la *historicidad*: historicidad del hombre, historicidad de la verdad, también de la verdad revelada; historicidad de la Iglesia. [...] El drama ha consistido en que esa captación ha acontecido patológicamente, al identificar historicidad con relativismo filosófico. El surgir de la conciencia histórica pareció a muchos que proporcionaba los instrumentos científicos incontrovertibles para dar al traste con la Revelación cristiana, que se presenta como absoluta. Al pasar los años, depurada de la ganga, la Iglesia no sólo acepta este fenómeno de ‘biología histórica’ (Jesús Arellano), sino que descubre en él una sorprendente congruencia con la estructura de la Revelación, que es histórica –la historia de la salvación–».

La segunda conclusión se refiere a la afirmación del «*pluralismo teológico*, como una exigencia de la historicidad de la verdad y entendido, por tanto, como algo enriquecedor de la catolicidad de la Iglesia». La tercera conclusión, «implicada también

en la primera, es la idea de *continuidad* [...], un gran respeto a la teología precedente». Y la cuarta conclusión era formulada por el cronista en los siguientes términos: «El *valor del mundo* y su significación en la historia de la salvación».

Recapitulemos: historicidad, pluralismo teológico, continuidad y valor del mundo. Pienso que esas cuatro notas, provenientes no solo de una reflexión sobre el congreso de 1966, sino por el espíritu recibido de san Josemaría Escrivá de Balaguer, arrojan luz sobre las ilusiones de la nueva Facultad que miraba hacia el futuro, sin quedar aprisionada por los sucesos del presente. Dedicuémosles alguna atención, aunque somera:

1.^a La discusión sobre la historicidad del dogma y de la Revelación coleaba en el ámbito académico, sin resolverse, desde la aparición del historicismo. ¿Qué implicaba apostar por la historicidad? Suponía que aquel joven claustro académico, que había tenido una primera inmersión en la neoescolástica, pues la mayoría había obtenido los grados en los ateneos romanos, optaba por el pasaje del clasicismo a la conciencia histórica. La inmersión neoescolástica había amueblado bien sus cabezas y les había facilitado una herramienta de análisis adecuada (sobre todo un buen conocimiento de la síntesis de Tomás de Aquino), pero no había marcado tanto a los jóvenes teólogos, que los inhabilitase para adaptarse a las nuevas corrientes. Hacía falta, en todo caso, aceptar que la Iglesia se enriquece con la historia, sin renunciar a sus orígenes, donde está todo como en un embrión. Por eso, Pedro Rodríguez añadía como segunda y tercera conclusiones, la continuidad y el legítimo pluralismo teológico.

2.^a La historicidad no está reñida con la continuidad, ni esta con la pluralidad. Lo que ya había intuido John Henry Newman, al tratar acerca del desarrollo del dogma católico (o Francisco Marín Solá al escribir sobre la evolución homogénea del dogma católico) se podría aplicar análogamente a la evolución de la tradición teológica; algo así como una discontinuidad en la continuidad, nuevas ramas de reflexión que enriquecen la comprensión de la fe apostólica. De esta forma, cuando Pedro Rodríguez subrayaba la historicidad de la verdad, no pretendía negar el carácter absoluto de la Verdad (con mayúscula), ni la permanencia de la ley moral natural, ni la subsistencia de la naturaleza en sus notas esenciales a través de los tiempos, ni nada parecido; sólo quería insistir en que es histórica la comprensión de la verdad, en el sentido de que, si *per prius* la está en el intelecto (es la verdad lógica), entendida como adecuación del intelecto y la cosa, y que en este proceso también influye el paso de la historia, porque el sujeto cognoscente está siempre situado, lo quiera o no.

3.^a La afirmación de la pluralidad teológica constituía, por lo demás, no solo una consideración que surgía del desarrollo de las ideas vertidas en el congreso de 1966, sino una exigencia perentoria para los jóvenes teólogos de Pamplona. En efecto, el fundador del Opus Dei había afirmado con fuerza que el reconocimiento de la legitimidad del pluralismo en las cuestiones temporales –no solo las políticas y culturales sino también las filosóficas y las teológicas–, siempre en el contexto de una plena fidelidad al Magisterio, era una realidad que derivaba directamente del carisma secular que inspira toda la vida del Opus Dei. Y, por tanto, la vida de la Facultad.

DE LAS RELACIONES DEL ACÁ CON EL MÁS ALLÁ, O SEA DE LA SECULARIDAD

Queda por comentar, y lo hacemos más ampliamente, la cuarta conclusión formulada Pedro Rodríguez en su crónica sobre el congreso romano: la rehabilitación teológica del mundo. De nuevo nos encontramos con una realidad que, en la pluma del entonces joven profesor de Pamplona, hundía sus raíces mucho más allá del congreso de 1966, ya que entronca con el núcleo del espíritu del Opus Dei. Por ello, para glosarla nada mejor que acudir a la homilía que san Josemaría pronunció en Pamplona, en otoño de 1967, pocos días antes de que iniciara su actividad docente el Instituto Teológico, y un año después del congreso vaticano. Citemos algún párrafo:

«Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres. Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (cfr. Gen 1, 7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios. Por el contrario, debéis comprender ahora –con una nueva claridad– que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana» (*Conversaciones*, n. 114)

Para comprender esta riquísima homilía, luego recogida en el libro *Conversaciones*, hay que recordar que el gran tema de esos años del Vaticano II, y que estaba en el trasfondo de las crisis mencionadas, era (y lo sigue siendo en muchos ambientes) una más afinada comprensión de algunas categorías teológicas, como «secularidad», «mundo» e «Iglesia». Lo destacaba Alfredo García Suárez en 1970 en un comentario a la citada homilía. Al autor, afirma el prof. García Suarez, «le interesa hacer patente que la existencia secular *cristiana* (es decir, la existencia secular vivida con autenticidad por un cristiano) es portadora de vigor eclesial y, por ello, realizadora del Reino de Dios en la medida en que la Iglesia peregrina puede anticiparlo. 'Lo específico de la vocación laical' (Conv. 59d) es, para Escrivá de Balaguer, el cristianismo vivido secularmente, el testimonio connatural a la fe y a las energías vitales cristianas, ejercido *in sæculo y ex sæculo*»

Todo ello impulsaba a articular una sólida teología del laicado y de la secularidad cristiana. Sin ella quedaría manco el diálogo de la Iglesia con el mundo, tan pretendido por el Vaticano II. Ha sido una de las tareas que posteriormente ocuparon a la Facultad.

UN SEXENIO RICO, DIFÍCIL Y FELIZ

Al cabo de seis años, desde el Congreso de Teología del Vaticano II, de septiembre de 1966, hasta la consolidación del claustro académico, la aparición de los primeros números de *Scripta Theologica*, el arranque de la nueva serie de monografías «Co-

lección Teológica» y el encargo, recibido en 1972, de publicar una nueva versión bilingüe de la Sagrada Biblia con amplias notas, la Facultad de Teología, con sus dos ciclos (licenciatura y doctorado) comenzaba ya a navegar a ritmo de crucero.

El 26 de junio de 1975 se produjo un hecho inesperado y doloroso: el repentino fallecimiento de san Josemaría Escrivá, que había ideado todo el proceso, y lo había alentado. Su sucesor, el beato Álvaro del Portillo continuaría fielmente la tarea y la ampliaría, llevando a término algunos proyectos que san Josemaría no pudo culminar.

Pronto vendría la construcción del edificio propio en el campus de la Universidad (inaugurado en octubre de 1976); el comienzo de los «simposios internacionales de teología» (desde abril de 1979); la adecuación de la Facultad a la nueva legislación eclesiástica, que comportó la inauguración del ciclo institucional (en octubre de 1981); los nuevos estatutos de la Facultad (aprobados por la Congregación de Educación Católica *ad experimentum* el 5 de julio de 1983); la puesta en marcha de unas extensiones en Roma, que constituyeron el embrión de la Pontificia Università della Santa Croce, hoy realidad espléndida; etc.